

Hablar de educación en los tiempos que corren es como mentar la sogá en casa del ahorcado. La lista de reformas educativas en España desde el siglo XIX a nuestros días aparece interminable, sin que ninguna de ellas haya conseguido dar con las claves. Globalmente entendido, el nivel educativo actual de los españoles es, sin ningún género de dudas, superior al de cualquier otra etapa de nuestra historia. Y, sin embargo, basta con que escarbemos un poquito en la superficie para percibir un panorama dramático, gobernado por la falta de interés, de motivación y de iniciativa, alergia a los libros, comprensión lectora y capacidad de abstracción cero, conocimientos estancados, dominio insuficiente de lenguas extranjeras, logsficación de los diversos niveles de enseñanza en beneficio de la promoción automática, confusión entre igualdad de oportunidades y que todos somos iguales, pérdida de valores relacionados con la cultura del mérito o del esfuerzo, etc.



No niego que los parámetros socioeducativos están cambiando; en ocasiones para bien. Hoy no sirve para nada conocer de memoria la lista de los reyes godos, ni quizás tampoco dónde queda Teruel (que también existe). El conocimiento, en nuestros días, es mucho más instrumental, y está al alcance de cualquiera con sólo saber manejar correctamente una tablet, un smartphone o un móvil de última generación. Ahora bien, una vez conseguido, ¿qué hacemos con él? ¿Nos sirve realmente para crecer como personas, engrandecernos como individuos, favorecer la comunicación y rentabilizar lo que sabemos? Yo diría que no; y ahí es donde precisamente radica el problema.

Viene esta reflexión a cuento del concepto mayoritario de la arqueología que se tiene en Córdoba, donde tradicionalmente ha sido denostada, ocultada, manipulada o simplemente arrasada. A nadie le ha interesado explicar a la ciudadanía lo que representa para ella su pasado.

Educación es igual a criterio, y una sociedad con discernimiento es más difícil de engañar. Esta paradoja tomó forma en una debacle que durante varias décadas puso la ciudad patas arriba, movilizó montañas de dinero y provocó todo tipo de servidumbres y molestias a los ciudadanos, pero no aportó los avances científicos que proporcionalmente habría cabido esperar.

Así las cosas, *Arqueología somos todos* nace en 2011 con varios objetivos fundamentales: transferir a la sociedad el conocimiento histórico generado durante una década por nuestro Grupo de Investigación, cerrando con ello el ciclo potencial del trabajo arqueológico; educarla en el respeto de su legado material; suplir, en la medida de nuestras posibilidades, la dejadez de las Administraciones competentes ante el deterioro irreversible de dicho patrimonio, quintaesencia de Córdoba como ciudad europea de ecos universales, y hacer de él elemento de reactivación sociocultural y yacimiento de empleo de primer orden en época de crisis generalizada y desesperanza. Es un proyecto vivo e innovador, basado en garantizar el acceso de todos los públicos a los restos materiales del pasado y la información que generan, como recurso cultural sostenible, capaz por sí mismo de retroalimentar el proceso y generar empleo. Un objetivo estratégico, por tanto, para tiempos difíciles, necesitados de ideas y cultura emprendedora, que han entendido instituciones como la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología del Ministerio de Economía y Competitividad, y la Fundación Obra Social «La Caixa», así como numerosos organismos, colectivos e individualidades cordobeses, pero no nuestras Administraciones. Nunca es tarde, sin embargo, por lo que confiamos que, algún día, tantos esfuerzos fructifiquen en la unión de sinergias, y la arqueología pase a desempeñar en Córdoba el papel cultural, educativo y económico que aún hoy se le viene negando.